

ENSAYO DE TAROT

Por Sarabjit Kaur,
Escuela Quirón, Santiago, Diciembre 2007

El Tarot es un juego de cartas. Veintidós de ellas, los arcanos mayores, se pueden agrupar en varias estructuras: de tres en tres hasta completar siete hileras dejando El Loco fuera, de siete en siete hasta completar tres hileras en siete pilares dejando El Loco fuera, de dos en dos buscando que las cartas sumen veintidós, excluyendo la dos, la veinte, la once y El Loco, y en dos hileras, una de izquierda a derecha de la uno hasta la once, y otra de derecha a izquierda de la doce a El Loco. La palabra hilera viene de hilo, en tanto que pilar alude a lo arquitectónico y a lo pétreo, lo que nos hace asociar al Tarot con el tejido de la vida mencionado en el Tantrismo y en el Tzolkin de los mayas, por un lado, y por otro con los templos construidos a través de los siglos en el mundo entero.

Considerar la trasgresión como elemento necesario para que toda estructura inteligente tenga continuidad es algo que no perdieron vista quienes diseñaron el Tarot. Seguramente animados a garantizar la vigencia de su magnífica obra a través del tiempo, dentro de los arcanos mayores están incorporadas tres cartas en forma singular: una carta sin número, El Loco, una carta sin nombre, la XIII y un número sin carta, el XXII. Esas rarezas nos hacen pensar que el Tarot, este curioso libro de imágenes, posee la estructura literaria no de un tratado, no de una magna obra a la usanza de los grandes pensadores del siglo XIX, sino de un ensayo literario, género coincidentemente mucho más afín a nuestra época, llamada por algunos post modernismo o sociedad post industrial, en la que el romance con los sistemas abiertos de pensamiento es el sello característico y necesario para reciclar los residuos culturales en que vivimos. El mismo rescate del Tarot y sus parientes dan cuenta de ello.

Probablemente creado en un tiempo ubicado entre la decadencia de la edad media y los albores del renacimiento, tal como lo revelan las vestimentas de sus protagonistas y el colorido de su impresión, este juego parece haber sido obra de mentes abiertas a los cuatro vientos, que buscaban el encuentro de culturas, abatir las distancias entre los pueblos y crear puentes entre todos aquellos interesados en salir de su aislamiento. El Tarot, en ese sentido, constituye una lección de pluralismo y sabiduría social, cultural, religiosa y

tal vez también política, pues demostró que es posible crear algo valioso a condición de estar unidos en la diversidad, de salir de las fronteras que impiden el libre tránsito de personas e ideas. Por su origen histórico, este juego nos ofrece una lección de tolerancia, pues muchos de sus estudiosos lo atribuyen a la reunión de conocimientos de judíos, de cristianos católicos y ortodoxos, y de representantes del mundo árabe que profesaban mayormente la religión musulmana en el hoy llamado medio oriente, que mas bien debería llamarse medio occidente para refrendar la relación milenaria de cooperación de esa parte del mundo con Europa. Semejante lección de inteligencia y generosidad de espíritu resumida en un simple juego de cartas es algo notable, y supone un desafío para nuestros tiempos, en que paradójicamente se habla de globalización, a la vez que muchos intentan erigir fronteras cada día con mayor virulencia entre países, continentes, culturas, religiones y ante todo entre pobres y ricos

En ese sentido una carta sin número, una carta sin nombre y un número sin carta dan cuenta de la naturaleza inclusiva y renovable del Tarot. Incluye entre otras cosas lo innumerable, lo incontable, lo invisible e intocable como parte de una visión compleja en donde no todo lo que se ve existe, no todo lo que existe se ve y donde cada cuenta, cuenta, aún las por contar. En una época como la nuestra dominada por la exclusión de la ignorancia, la locura, las discapacidades, la orfandad, la migración, la fealdad, la vejez y ante todo por la exclusión de todo lo que carece de valor de cambio, donde sólo vale lo que se cuenta, pero donde paradójicamente las cifras parecen no dar cuenta de nada mas que de la voracidad de sus artífices, el Tarot se revela como un libro altamente singular, no solo por su peculiar diseño sino también por lo subversivo de su contenido. En él El Papa y La Papisa pueden dialogar desafiando el sexismo de la mayoría de las religiones, el ángel de La Templanza y El Diablo comparten vecindario mientras los muertos se levantan de sus tumbas en El Juicio para ser devueltos nuevamente a El Mundo. EL Colgado y El Ermitaño también participan junto a otros personajes que no es necesario nombrar en su totalidad, mientras El Sol, La Luna y La Estrella continúan su viaje por el firmamento. El Loco deambula de allá para acá sin número y por lo mismo sin dirección alguna, en tanto el personaje de la carta XIII cercena por igual a ricos y pobres, comerciantes y reyes e invita al silencio omitiendo su nombre. El espacio creado por el número XXII carece de carta por lo tanto de imagen, de donde se deduce que lo invisible e intocable, lo existente sólo en potencia, es parte del juego del Tarot.

El número veintidós según la tradición es el que marca un nuevo comienzo una vez concluido el juego en la carta veintiuno, invitando al lector a continuar jugando adquiriendo por eso especial importancia. El veintidós es cuatro y de ahí que se diga que quien continúa la segunda vuelta no es El Mago, sino EL Emperador. Pero veintidós también es dos veces dos, dos números dos podrían ser dos añoranzas de pertenecer, dos Enamorados que quizá se buscan mutuamente por siglos para recuperar la unidad perdida. El veintidós podría referirse a dos medias lunas que al encontrarse crearán un solo círculo o a dos hemisferios que integrarán un solo globo terráqueo que rematará el cetro de la cuarta carta. El veintidós involucra dos números iguales y en ese sentido es un espejo, una evidente invitación a la mirada del otro, indispensable para que toda obra permanezca vigente, una alusión a la alteridad como complementariedad necesaria para la continuidad de la vida, de la cultura y del hombre mismo. El espejo además nos remite al recuerdo de sí, a mirarse uno mismo como si fuera otro quien lo hace, desde otro espacio, desde otro tiempo, para descubrir que la diversidad es igualmente un fenómeno individual y psicológico.

Como ocurre en un ensayo literario el Tarot no es concluyente sino sugerente. Veintidós es un número que encierra dos papisas, dos libros abiertos, llevándonos a considerar que tal vez el mazo se completa cuando se despliega en nuevas versiones creadas por sus conocedores, o que quizá el libro de la vida tiene un hermano gemelo escrito en otro tiempo o en otra cultura cuyo descubrimiento, como la piedra filosofal de los alquimistas, coronará el viaje de El Mago. Según la tradición la carta faltante de los arcanos mayores es el pasaporte a un nuevo comienzo, un nuevo viaje que agrega algo a lo existente, lo complementa, lo actualiza, pero existe la probabilidad de que algún día lo habrá modificado al punto de borrar completamente el rastro de sus orígenes. El juego no nos engaña, las trasgresiones son parte del libro de la vida, que como la vida misma tiene en sí la semilla que anuncia su propia destrucción y es a la vez promesa de su renacimiento en un espiral sin fin.

El Tarot sorprende porque insinúa lo infinito, el invisible hilo que entrelaza y da continuidad a todo lo existente, incluso al vacío mismo, pero quizá sorprende aún más por su carácter contable. Basado en el mismo sistema numérico que en nuestra cultura ha sido secuestrado por el banquero, el auditor y en el mejor de los casos por el científico, rescata los números devolviéndolos a la imaginación popular, a la creatividad, a la plástica, a la narrativa y a la psicología y esa es quizá su propuesta más osada: la reunión de las ciencias exactas con los conocimientos ancestrales de las llamadas

paraciencias, hoy relegadas a vivir aparte. En un mundo tecnificado dominado por verdades comprobables a través de las matemáticas, el Tarot nos recuerda el origen sagrado de esta ciencia y su relación íntima con lo humano. La palabra cálculo viene del latín, significa piedra y alude al hecho cotidiano de contar usando piedritas, pero también hace referencia a la unidad fundamental necesaria para construir cualquier cosa, desde un edificio hasta una religión, no en vano el padre de la Iglesia Católica se llamaba Pedro.

La ciencia numérica, por la cual se ha perdido casi todo respeto y es utilizada para justificar cualquier cosa, incluso la pérdida de vidas humanas que ha pasado a ser un problema de probabilidad calculada, recupera en este juego la conexión con su creador. El Tarot propone una mirada diferente hacia los números, que en él no aparecen como piedras sino como cuentas finamente labradas por manos cultas y delicadas, cuentas que pueden ser los veintidós arcanos mayores, los arcanos menores o las cuentas que se hilan en rosarios y otros símiles utilizados para meditar, rezar, abrir la conciencia a lo infinito, a lo desconocido, a lo lejano y a lo trascendente, cuentas que equilibran la actividad de los hemisferios cerebrales y crean el estado mental necesario para coexistir en la diversidad y no sentirnos aislados en ella.

En este juego, como en la vida misma, toda cuenta tiene cuento, concepto que quizá podría evitar que las piedras fundamentales que sustentan nuestro mundo sean arrasadas por los caudales de agua de nieves y glaciares derretidos por el calentamiento global. Sugerir que las matemáticas tienen algo que ver con la conciencia tiene sentido si pensamos en que toda nuestra vida es un conteo constante de segundos, minutos, días, meses, años, siglos y milenios, que en una cultura basada en el comercio dedicamos gran parte del día a sumar y restar lo que tenemos y no tenemos, que nuestras casas se localizan con cifras y nuestros nombres también, vemos que los números nos dan forma y trazan surcos en nuestra mente. El Tarot nos muestra esos mismos números como cantidades convertibles en cualidades, cualidades que al ser comprendidas aportan calidad a nuestra vida permitiéndonos intervenir los surcos de nuestra mente, factor indispensable para alcanzar la felicidad a que aspiramos los humanos cuando gozamos de buena salud. En ese sentido el Tarot es un sanador, un verdadero Mago capaz de convertir a un cuenta cuentas en un cuanta cuentos, que al crear su propio cuento es libre de escoger sus caminos, sus fines y sus finales, desafiando incluso la finitud de su vida

El Tarot, a través de un hilado de imágenes labradas como piedras preciosas, sugiere a quien lo lee la posibilidad de observarse, conocerse, reinventarse y eso lo ha convertido en un best seller, una obra conocidísima cuya indiscutible popularidad es atribuible al hecho de estar abierto a las interpretaciones, hechas con honestidad y sin traicionar la tradición, uno de los libros seguramente mas consultado desde su creación hasta la fecha, sin que desde ese entonces haya menguado un ápice el interés que suscita, un imperdible que todos deberíamos consultar al menos una vez en la vida porque, como pocos, nos habla de lo que mas nos importa: nosotros mismos.